

## La novela personal de Antonio Machado

El ideal, lo que queremos ser, nos marca más profundamente que lo que en realidad somos. Unamuno y Ortega se movían en esta línea de pensamiento que hace de nuestra vida una creación literaria, matizándola con carácter novelesco. El mismo Machado se coloca en esta dirección cuando nos dice que hay que “partir siempre de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo; nunca de lo real”<sup>1</sup>. Y nos da así una pauta para la comprensión de su obra y su pensamiento, advirtiéndonos indirectamente de la importancia de sus poetas apócrifos. Es indudable, pues, el valor que tiene en cualquier caso la comprensión de la “novela de nuestra vida”, el mundo de ficciones o ideales que cada uno de nosotros nos forjamos, importancia que se acrecienta en el caso de Machado por el volumen y la consistencia que en él adquiere.

Este mundo de ficciones e ideales lo constituye, en nuestro poeta, la invención —como acabamos de mencionar— de un gran número de “poetas apócrifos”, entre los que destacan muy por encima de los demás, los archinocidos *Abel Martín* y *Juan de Mairena*, poetas ambos del siglo XIX, “que no existieron, pero que debieron existir, y hubieran existido si la lírica española hubiera vivido su tiempo”<sup>2</sup>. Nada más interesante, pues, que analizar el mundo novelesco forjado por estos personajes de ficción, a través de los que atisbaremos muchos rasgos de la personalidad de don Antonio.

En primer lugar, conviene disipar los posibles malentendidos que pueden surgir de haber precisamente elegido para expresar su pensamiento dos poetas del siglo XIX. Sin duda alguien pretenderá ver en esto una preocupación de Machado por el pasado y una desatención por el futuro. Nada más lejos de la verdad. La elección indica desde luego un interés por el siglo XIX

<sup>1</sup> JUAN DE MAIRENA, I, pág. 105. Para todas las citas utilizaré la tercera edición de la Ed. Losada, Buenos Aires, 1957, con la abreviatura M., seguida del número romano que indicará uno de los dos volúmenes de que consta la obra y a continuación la página en cifras arábigas. El resto de las citas se hará por *Los Comple-*

*mentarios* (Losada, Buenos Aires, 1957), con la abreviatura Cl., seguida de la página; o bien, por *Cancioneros de Abel Martín y Juan de Mairena* (Losada, Buenos Aires, 1953), con la abreviatura Ca. y la página a continuación.

<sup>2</sup> Cl., 157.

que siempre manifestó, pero que nunca fué exclusivo; lo que ocurre es que necesitaba situar sus personajes en tiempos distintos al suyo, pues de haberlos situado en su misma época la identidad con él hubiera sido evidente y no le habría ofrecido la oportunidad de traer una perspectiva nueva a sus reflexiones, como quería; tampoco los situó en el futuro, lo que hubiera sido demasiado audaz para un hombre modesto, tímido y hasta escéptico, como lo era él. Se ha insistido ya mucho sobre el fondo de timidez y escepticismo que da un tono humorístico a sus creaciones, y no es cosa de volver sobre ello. No le quedaba a Machado otra opción que situar a sus poetas en un pasado inmediato<sup>3</sup>, lo que no les impedía tener una actitud abierta al presente e incluso al futuro, pues lo verdaderamente vivo y fecundo del pensamiento no tiene tiempo. “Nada os importe —decía Juan de Mairena— ser inactuales, ni decir lo que vosotros pensáis que debió decirse hace veinte años; porque eso será, acaso, lo que pueda decirse dentro de otros veinte”<sup>4</sup>. Por otro lado, aunque Mairena había muerto en 1909, Machado constantemente lo enfrenta con acontecimientos del más inmediato presente, bajo el pretexto de frases como “lo que hubiera dicho Mairena”, “lo que hubiera pensado Mairena”, etc.

En las páginas presentes vamos, por lo tanto, a tratar de describir estos personajes de ficción lo más completamente posible, ateniéndonos a los datos que Machado nos ofrece en sus escritos. No trataremos de dar idea de sus pensamientos y reflexiones, sino más bien del aspecto externo y humano de sus figuras.

El más importante de todos —más incluso que Abel Martín— es Juan de Mairena, hasta el punto que el primero constituye, en realidad, una necesidad dialéctica y pedagógica del segundo. Mairena hace alusión constante, en sus explicaciones de clase, a las teorías, frases u opiniones de su maestro. Con esto satisface la necesidad humana de tener un maestro y manifestar una continuidad con el pasado, pero también le da la oportunidad de delegar la responsabilidad de muchas de sus afirmaciones y pensamientos. No olvidemos, por otra parte, que frecuentemente estas delegaciones en el maestro se refieren a reflexiones o teorías filosóficas. Y esto es importante porque nos revela la especial actitud de Machado respecto a la filosofía.

Don Antonio se consideraba a sí mismo ante todo poeta y no tenía en ello el menor rubor de confesarlo. Pero, a partir de 1912, impulsado sin duda en parte por el trauma psicológico de la muerte de Leonor, empezó a aficionarse a la filosofía, llegando a cursar estudios y doctorarse en la Universidad de Madrid e incluso a elaborar teorías propias. Sin embargo, estas veleidades filosóficas las llevó siempre con un aire escéptico e irónico que le impedía hablar por cuenta propia. Cuando sus especulaciones se mantenían en cierta proximidad con la poesía en el campo que llamaba de la “metafísica de poeta”, atribuía sus afirmaciones al más inmediato de sus apócrifos, Mairena; pero cuando se veía obligado a fundamentar esa filoso-

<sup>3</sup> Quizá no haya nadie recaído en la muerte prematura de ambos. Abel Martín a los 58 años de edad y Mairena a los 44. La explicación de vidas tan cortas sólo puede estar en la necesidad que tenía quien

dió el ser de que no fuesen contemporáneos suyos, pero también de no alejarlos demasiado de su tiempo.

<sup>4</sup>

fía poética en una metafísica propiamente dicha, procuraba alejar más aún su responsabilidad y colocaba sus afirmaciones en labios del maestro de Mairena, Abel Martín.

La ficha machadiana dice así: "Abel Martín, poeta y filósofo. Nace en Sevilla (1840). Murió en Madrid (1898)", donde no se nos señala quizá lo más importante, al menos para nosotros, que es el ser maestro de Mairena y de donde aquél mamó sus ideas filosóficas. Entre sus libros de filosofía cita *Las cinco formas de la objetividad*, *De lo uno a lo otro*, *Lo universal cualitativo* y, el más importante de todos ellos, recordado con frecuencia por Mairena, *De la esencial heterogeneidad del ser*, tratado monumental de 1.800 páginas. Entre sus libros poéticos citaremos la colección publicada en 1884 con el título *Los complementarios*, del cual nos transmite Machado algunas poesías en el "Cancionero apócrifo", con comentarios filosóficos del mayor interés; también tenemos noticia de un poema filosófico a la manera de los viejos *Peri Physeos* helénicos, que él llamó *Cosmos*, y cuyo primer canto, titulado "El Caos", era la parte más inteligible de toda la obra; a esta parte sabemos que Mairena dedicó una de sus lecciones de clase<sup>5</sup>.

Aparte de los anteriores, conocemos dos libros más de Martín, una sátira profética llamada *La chochez de Alcibiades*, de la que sólo conocemos el título, puesto que Mairena la "buscó en vano entre sus papeles inéditos"<sup>6</sup>. No olvidemos este detalle que nos presenta a Mairena como albacea literario de su obra y nos da idea de la intimidad de sus relaciones. De la otra obra, apenas sabemos un poco más: su título es *Política de Satanás* y sólo la conocemos por una cita que su discípulo hace de ella, donde se rechaza la intervención de la mujer en política<sup>7</sup>.

Esto último nos hace recordar que Mairena habla de su maestro como "hombre un tanto reaccionario, y no siempre de acuerdo consigo mismo"<sup>8</sup>; lo cierto es que tenemos pocos datos para hacernos una idea de su carácter y aspecto humano, al menos, de las costumbres que pudieran revelárnoslo. Sabemos que tenía fama de borracho, porque en ocasiones muy contadas y solemnes de su vida —el día de sus esponsales, al recibirse de doctor, en algún ejercicio de oposiciones a cátedras, etc.— reforzaba su moral con frecuentes libaciones. La gente pensaba que si olía a aguardiente en aquellas ocasiones, en los momentos normales olería mucho más. Pero lo cierto es que Martín, aunque no bebía otras veces, tampoco intentó deshacer su mala fama por una infinidad de razones, de las que su discípulo sólo cita seis<sup>9</sup>.

Entre sus costumbres citaremos la de pasear a altas horas de la noche por las calles desiertas de viejas ciudades españolas, turbando el sosiego de los gatos, que huían espantados al verlo pasar. Sin embargo, era hombre sociable que no se acostaba nunca sin haber charlado con el sereno de su barrio<sup>10</sup>.

Y con estos pobres datos, ¿qué impresión podemos sacar del maestro de Mairena? Abel Martín es un profesor, por encima de todo, un profesor de filosofía que tiene todo el aire lejano y un poco raro, que en España

<sup>5</sup> M., II, 36.

<sup>6</sup> M., I, 124.

<sup>7</sup> M., I, 136.

<sup>8</sup> M., I, 138.

<sup>9</sup> M., I, 130.

<sup>10</sup> M., II, 40.



adquiere pronto casi todo el poseedor de una cátedra. Martín, con sus manías, con su aspecto doctoral, con su fama de borracho y su amor por las viejas ciudades, refleja el ideal de ascetismo y sabiduría que deslumbra a sus alumnos, un poco paletos, un poco traviesos también, pero en el fondo ingenuos.

Es indudable que de Juan de Mairena poseemos mucha más información que de su maestro. Por lo menos Machado es mucho más explícito en las explicaciones que nos da al frente del "Cancionero apócrifo": "Juan de Mairena, poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Cantar. Nació en Sevilla (1865). Murió en Casariego de Tapia (1909). Es autor de una Vida de *Abel Martín*, de un *Arte poética*, de una colección de poesías: *Coplas mecánicas*, y de un tratado de metafísica: *Los siete reversos*". Este tratado de metafísica contiene toda la filosofía poética de Mairena; es un "libro extenso de cerca de 500 páginas, en cuarto mayor. No fué leído en su tiempo. Ni aún lo cita Menéndez Pelayo en su Índice expurgatorio del pensamiento español. Su lectura, sin embargo, debe recomendarse a los estudiosos"<sup>11</sup>.

Aparte de estas obras tenemos noticia de la actividad teatral de Mairena, que le llevó a constituirse en autor dramático por la menos en tres ocasiones que nosotros sepamos. La primera con el drama *Padre y verdugo*, "estrepitosamente silbado en un teatro de Sevilla, hacia los últimos años del pasado siglo"<sup>12</sup>. Aquel fracaso le decidió a no representar ya más teatro, pero no a dejar de escribir, pues todavía compuso otras dos obras. Una tragedia titulada *El gran climatérico*, cuyo protagonista simbolizaba lo "inconsciente libidinoso" a través de la existencia humana; consta de veintiún actos e introduce algunas novedades de técnica teatral, como acompañar el diálogo con ilustraciones musicales de cornetín y guitarra y restablecer los monólogos y apartes<sup>13</sup>. La tercera obra era una comedia, *La visita de duelo*, en la que introduce una nueva técnica para el diálogo, consistente en que cada actor tuviese dos voces: "una de claro timbre, para lo que se dice, y otra, algo cavernosa, para lo que paralelamente se piensa"<sup>14</sup>.

Pero sin duda la actividad más constante y por la que nos resulta más conocido, es la pedagógica. "Juan de Mairena era, oficialmente, profesor de Gimnasia, y sus clases de Retórica, gratuitas y voluntarias, se daban al margen del programa oficial del Instituto en que prestaba sus servicios"<sup>15</sup>. Es curioso que Mairena desprecia la educación física y el deporte, a los que considera ejercicio sin provecho que nos acompañan por unos años de la vida abandonándonos después; hereda aquí las ideas de su maestro, que considera el deporte como "juego extemporáneo" y llega a afirmar que "la pederastía, actividad erótica desviada y superflua, es la compañera inseparable de la gimnástica"<sup>16</sup>.

Las enseñanzas de Mairena se mueven en el campo de la Retórica y la Sofística, pues según él la Retórica, que es el arte del bien decir, sólo puede dominarse cuando se posee el arte de bien pensar, del que se ocupa la Sofística en sentido amplio. Ni que decir tiene que esta Sofística es, en el

<sup>11</sup> Ca., 52.

<sup>12</sup> M., I, 87.

<sup>13</sup> Ibid., 89.

<sup>14</sup> Ibid., 29.

<sup>15</sup> Ibid., 63.

<sup>16</sup> Ca., 15.

fondo, una Lógica. “A última hora —decía Mairena, rememorando a su maestro Martín— todo ha de aparecer ante el Tribunal de la Lógica. Por eso nosotros queremos reforzar la nuestra —tal es uno de los sentidos de nuestra sofística—, sometiéndola a toda suerte de pruebas ante el Tribunal de sí misma”<sup>17</sup>. Los ejercicios de Sofística, que son tema constante de sus clases, tienen este sentido de analizar las frases hechas, prejuicios, tópicos, lugares comunes de nuestra lengua, hasta sus últimas consecuencias, lo que en muchas ocasiones es llevarlas más allá de sí mismas, haciéndolas entroncar con el pensamiento poético, después de haber abandonado el lógico. Es más: el anhelo profundo de Mairena es llevarnos a ese terreno de la lógica poética, después de haber mostrado la inanidad de la lógica racional.

Pero no es nuestra intención esbozar aquí el aspecto doctrinal de su enseñanza, sino tratar de acercarnos más bien a la humanidad del profesor. Para ello quizá lo mejor sea aproximarnos un poco a sus clases, donde sabemos que los alumnos eran todos “muy jóvenes, casi niños, apenas bachilleres, y que colocaba en el primer banco a los más torpes, dirigiéndose casi siempre a éstos”<sup>18</sup>. Sin embargo, había algunos inteligentes entre los que conocemos de nombre a Rodríguez, discípulo muy aventajado<sup>19</sup>, y Martínez, que tiene frecuentes y acertadas intervenciones en clase. Por estas intervenciones Martínez nos parece hombre de mayor valía e ingenio que su compañero Rodríguez, aunque en la realidad debía ser lo contrario. Hay intervenciones de aquél que son verdaderas obras maestras de ejercicio sofístico, como, por ejemplo, la titulada “la dialéctica de Martínez”<sup>20</sup>, donde se nos habla del desnudo y la libertad bien entendidos. De nombre, conocemos también a otros dos discípulos, el señor Pérez<sup>21</sup> y el señor González, muy por debajo de los anteriores, a éste último Mairena le mete en un lío con el análisis sofístico de dos expresiones aparentemente iguales: “comer tomates con judías” y “judías con tomate”, que parecen cambiar de significado al cambiar las “judías” al masculino<sup>22</sup>. Nos queda, por último, un discípulo que tiene una especial significación en la clase; es el “oyente”, así conocido por Mairena por no estar matriculado oficialmente, a pesar de que su nombre, Joaquín García, era conocido de todos. Mairena casi nunca le preguntaba y cuando una vez lo hizo sin darse cuenta, le pidió inmediatamente perdón, exhortándole a que “continuase cultivando su especialidad”. “Mairena sospechaba en él un futuro taquígrafo del Congreso” y “lo miraba con simpatía no exenta de respeto”<sup>23</sup>. Indudablemente, en la clase de Retórica, donde todo el mundo hablaba, la presencia de alguien que sólo escucha, a quien se le encomienda la exclusiva función de oír, tiene su importancia. No obstante conocemos algunas intervenciones del oyente en clase<sup>24</sup>.

La presencia del oyente nos hace recordar que la clase de Mairena no tenía tarima para el profesor. Mairena en general no solía sentarse o, si lo

<sup>17</sup> M., II, 22.

<sup>18</sup> M., I, 26.

<sup>19</sup> Hemos encontrado cuatro intervenciones en clase de Rodríguez: M., I, 14, 19, 32, 83.

<sup>20</sup> M., L, 120-121. Aparte de ésta, conocemos las siguientes intervenciones de Mar-

tínez: M., I, 15, 19-20, 23, 29, 38, 170 y en M., II, 19, 20, 21.

<sup>21</sup> M., I, 7.

<sup>22</sup> Ibid., 12.

<sup>23</sup> Ibid., 119.

<sup>24</sup> M., I, 185, 189-M., II, 7, 19, 33, 65.



hacía, era sobre la mesa, procurando convertir su clase en socrático diálogo con el alumno. Este aspecto amable de su pedagogía no le impedía tener palmeta, aunque lo cierto es que nunca la usaba. “La palmeta está aquí —decía—, como veis, a vuestra disposición, y yo os invito a que la uséis, aplicándoosla, cada cual a sí mismo”<sup>25</sup>.

No conocemos el programa que Mairena utilizaba en sus clases, al que no debía dar demasiada importancia por el carácter libre y flexible de sus explicaciones. Sin embargo, podemos hacernos una idea de esa dialéctica sofística, mediante algunos fragmentos de clase que Machado nos conservó en su obra con el título del autor que nos ocupa. Conocemos, por ejemplo, las lecciones 28 y 29; la primera, con la que iniciaba la parte del curso dedicada a oratoria sagrada “De la existencia de Dios”. Mairena empezó aquel día la clase preguntando cuántos eran los que creían en El. La clase entera se levantó y Mairena les despidió hasta el día siguiente con la próxima lección —la 29— que trataba “De la posible inexistencia de Dios”<sup>26</sup>.

El tono en que Mairena daba sus clases era un tanto escéptico e irónico. Procuraba estimular el amor a la verdad, la preocupación por el saber, las inquietudes intelectuales, pero cuidando de que los alumnos no le tomasen demasiado en serio, “porque yo no me creo —decía— en posesión de ninguna verdad que pueda revelaros”; “no reparéis en el tono de convicción con que os hablo, que es una exigencia del lenguaje meramente retórico o gramatical”<sup>27</sup>. “Porque —decía en otro lugar<sup>28</sup>— ¿con qué derecho someteríamos nosotros lo humano y lo divino a la más aguda crítica, si al mismo tiempo declararíamos intangible nuestra personalidad de hombrecitos docentes?”

Trataremos de acercarnos un poco más a la persona humana. Para ello nada mejor que conocer el lugar donde habita. “Mairena vivía —nos dice Machado<sup>29</sup>— en una gran población andaluza, compuesta de una burguesía algo beocia, de una aristocracia demasiado rural y de un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas”.

Algo que nos ayudará a forjarnos una idea del aspecto físico de Mairena es saber que “en los días más crudos del invierno usaba un gabán bastante ramplón, que él solía llamar *la venganza catalana*, porque era de esa tela, fabricada en Cataluña, que pesa mucho y abriga poco”<sup>30</sup>. Con dicho gabán alegorizaba Mairena la cultura que para muchos pesa más que abriga, a pesar de lo cual muchos la defienden celosamente, pensando que pueden arrebatársela quienes andan a cuerpo de ella. No era de éstos Mairena, que a ese respecto se mantenía tranquilo.

Una anécdota que también nos ayudará en nuestro intento es la acusación de sordo que alguna vez recibió. Esta acusación provocada por un erudito malicioso a causa de una nota de Mairena en favor de las voces templadas, estaba reforzada por la tardanza que casi siempre tenía en contestar a los que le preguntaban. “La verdadera explicación a todo esto —nos

<sup>25</sup> M., II, 152.

<sup>26</sup> M., I, 48.

<sup>27</sup> M., II, 29.

<sup>28</sup> M., I, 171.

<sup>29</sup> Ibid., 56.

<sup>30</sup> M., II, 31-32.

dice Machado<sup>31</sup>— debe buscarse no sólo en los olvidos, arrobos y ensimismamientos que le eran habituales, sino también, y sobre todo, en su costumbre de someter a lazareto de reflexión las preguntas que se le dirigían, antes que contestarlas. Esto llegó a irritar más de una vez a su tertulia, y no faltó quien le gritase: ¿No me ha oído usted? A lo cual respondía Mairena con frase en apariencia de sordo atrabiliario: Porque le oído a usted, precisamente no le contesto”. También sabemos que esta fama de sordo llegó una vez hasta la trompetilla de un sordo auténtico, lo cual llegó a oídos de Mairena que, cuando hablaba con aquél simulaba levemente su sordera “en parte por lo que él consideraba un cuasi deber de cortesía, en parte por conservar a aquel buen hombre la ilusión de tener entre sus compañeros de infortunio a una persona relativamente distinguida”.

Quizá la anécdota más reveladora de Mairena es la que le ocurrió siendo niño; él lo consideraba como “el acontecimiento más importante de su historia”. Era Mairena muy niño y caminaba con su madre, llevando una caña dulce en su mano; pasó a su lado otro niño, portador a su vez de otra caña dulce. “La mía es mayor, ¿verdad?”, preguntó a su madre con absoluta convicción. “No, hijo —le contestó ella—. ¿Dónde tienes los ojos?”. “He aquí —nos dice Mairena— lo que yo he seguido preguntándome toda mi vida”. El sucedido revela muy bien, desde luego, el carácter inquieto e interrogativo de su actitud y la desconfianza y escepticismo último que, en el fondo, le anidaban.

No podemos terminar este resumen biográfico de la vida de Mairena sin decir algo de un propósito que le acompañó durante muchos años; el de fundar una Escuela Popular de Sabiduría Superior”, donde lo superior no sería la escuela, sino la sabiduría que en ella se alcanzase. Mairena tuvo que renunciar a este propósito al morir su maestro, a quien destinaba la cátedra de Poética y Metafísica. Pues la Escuela constaría fundamentalmente de dos cátedras: la de Metafísica citada y la de Sofística; de ésta a la primera “sólo podrían pasar, en formas de creencias últimas o de hipótesis inevitables, los conceptos que resistiesen a todas las baterías de una lógica implacable de una lógica que, llegado el caso, no repare en el suicidio, en decretar su propia inania<sup>32</sup>. El intento de la Escuela es llevarnos al convencimiento de lo inservible del instrumento lógico, como se prueba en el examen típico que Mairena nos relata, después de haber contestado el alumno perfectamente a todas las preguntas el profesor le manda retirarse con una frase de apariencia críptica: “Queda usted suspenso en esta asignatura y puede pasar a la siguiente”<sup>33</sup>; es como si dijese: “Ha alcanzado usted el grado necesario de docta ignorancia”.

El sentido de las enseñanzas de la escuela se mueve en dos direcciones convergentes: la racional o protagórico-socrático-platónica y la cristiana. No trataría de combatir ninguna religión, pues sólo se limitarían a buscar cada uno la suya; su actitud combativa no se manifestaría más que en la crítica del *pragmatismo*, “religión natural, mansa y perversa que tiene encanallado a todo el Occidente, pues es la propia de todos los granujas sin distinción de continentes”<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> M., II, 71-78.

<sup>32</sup> M., I, 177.

<sup>33</sup> M., I, 179.

<sup>34</sup> M., I, 169-170.



El destinatario de sus enseñanzas sería el pueblo, pues la confianza en éste es uno de los motivos que la inspiraron. "Tenemos un pueblo —decía Mairena— maravillosamente dotado para la sabiduría: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu"<sup>35</sup>.

Para completar la idea de que Mairena vamos adquiriendo, no debemos olvidar de que era hombre de café y aficionado a la tertulia; en el libro de Machado sobre este autor, que nos resulta tan valioso para estas notas, se conservan varios fragmentos de sus conversaciones de café e incluso los nombres de algunos contertulios como Tórtalez y don Cosme. Por ellos sabemos que Mairena adquirió fama de loco y de espiritista en los últimos años de su vida. Quizá a esta fama de loco contribuyó la invención de una *Máquina de trovar*, cuya paternidad, a pesar de ser reconocida, nunca aceptó, atribuyéndola siempre a un tal *Jorge Meneses*, poeta apócrifo, en realidad inventado por él.

Hasta aquí hemos conseguido llevar nuestra investigación sobre la vida y carácter de Juan de Mairena, pero esperamos que la cooperación de otros interesados lleven las indagaciones más lejos. Tenemos noticia de un artículo suyo<sup>36</sup> publicado en *La Venencia de Jerez*, 1900, y dos conferencias, a las que se conoce con los nombres de "Sermón de Rute"<sup>37</sup> y "Sermón de Chipiona"<sup>38</sup>, por haberse dado en los Ateneos de estas ciudades. Sobre Mairena tenemos noticia también de dos artículos: Uno<sup>39</sup> de Zurriago, que con el título *Así hablaba Juan de Mairena*, se publicó en *El Faro de Chipiona*, 1907; otro<sup>40</sup> de Quasimodo, inserto en *El Mercantil Gaditano* el 12 de mayo de 1895 y titulado *Chirindrinas*. Quizá consultando este material los investigadores del porvenir tengan algo que añadir a lo dicho por nosotros aquí.

Hemos procurado en todo lo anterior, como el lector sin duda ha observado, ajustarnos al modo de exposición más apropiado al tema y que —nos ha parecido— más le hubiera gustado al propio Machado. Tenemos, pues, dos apócrifos. *Abel Martín* y *Juan de Mairena*, y un apócrifo de un apócrifo, *Jorge Meneses*. Pero no termina aquí el mundo de las invenciones machadianas. En *Los Complementarios* nos habla de "doce poetas que pudieron existir", los que a la hora de la verdad se convirtieron en catorce; todos ellos van acompañados de una breve, pero completa, ficha biográfica; no nos ocuparemos de ellos; sólo citaremos sus nombres: Jorge Menéndez, Víctor Acucroni, José María Torres, Manuel Cifuentes Fandanguillo, Antonio Machado ("a quien no hay que confundir con el célebre poeta del mismo nombre, autor de *Soledades*, *Campos de Castilla*, etc."), Lope Toledo, Tirburcio Rodríguez, Pedro Carranca, Abel Infanzón, Andrés Santayana, José Mantecón del Palacio, Froilán Meneses, Adrián Macizo, Manuel Espejo.

Y además de estos todavía tenemos noticia de uno nuevo: "Pedro de Zúñiga, poeta actual nacido en 1900", del que habla Machado en una carta dirigida a E. Giménez Caballero<sup>41</sup>. Parece que este poeta estaba concebido

<sup>35</sup> M., I, 167.

<sup>36</sup> M., II, 79.

<sup>37</sup> M., I, 25-25.

<sup>38</sup> Ibid., 72.

<sup>39</sup> M., II, 51.

<sup>40</sup> Ibid., 50.



con una grandeza semejante a la de Martín y Mairena, pues le llama "mi tercer poeta apócrifo", saltándose a la torera a los catorce citados, a los que sin duda daba poca importancia; con él parece que intentaría Machado poner en práctica esa nueva objetividad en la lírica a la que creía conducir el futuro. Pero no pasó de proyecto, desgraciadamente.

Y ahora, al final de estas líneas, ¿qué impresión podemos sacar de lo que decíamos al principio? Ciertamente, muchas; pero por encima de todo queremos resaltar una. Este mundo de ideales y ficciones es un mundo de profesores y poetas o, más bien, de poetas-profesores, como lo era Machado. Me parece que ahora está claro que si Mairena, con su cercanía y su caracterización perfecta, era el *alter-ego* de don Antonio, Abel Martín, su lejanía, su aspecto profesoral y severo, su indudable idealización, nos remiten al *super-ego* de nuestro poeta. Por otro lado, me parece que puede inferirse sin lugar a dudas que la clase de Mairena con sus alumnos y sus reflexiones representa a España y los españoles, sobre los que contiene frecuentes reflexiones.

¿Qué piensa Mairena sobre este tema? He aquí un punto interesante al que merecería la pena dedicar cierto tiempo. Nos limitaremos a señalar las notas más importantes. Piensa que el español suele ser un buen hombre, inclinado a la piedad, aunque "nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno". Señala como una de nuestras virtudes "la de ser muy severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes para juzgar a nuestros vecinos"<sup>42</sup>; mientras que nuestro defecto principal sería la paletaría que consiste en "querer estar de vuelta sin haber ido a ninguna parte"<sup>43</sup>.

Sin embargo, Machado nos previene contra un exceso de criticismo que se observa en nuestros hombres, no sea que "algún día nos pese el haber hecho una crítica demasiado negativa de nuestros modos de vida, de nuestras costumbres y aún de nuestros ideales, sin haber previamente meditado sobre la calidad metafísica de aquellos valores cuya ausencia entre nosotros lamentábamos, o cuya posesión deseábamos, por sólo verlos realizados en otros países, y sobre la calidad de aquellos valores que, por ser más nuestros, hubiéramos podido oponerles"<sup>44</sup>.

La mejor cualidad sería entre nosotros —dice Machado— la que en Castilla se expresa con el "nadie es más que nadie" o, con palabras de Mairena, "a nadie le es dado aventajarse a todos sino en circunstancias muy limitadas de lugar y tiempo, porque: a todo hay quien gane o puede haber quien gane, y además, que por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel"<sup>45</sup>. Ahora bien: este sentimiento de la dignidad humana lo hallamos en el pueblo más que en otras clases sociales y Machado nos invita siempre a ponernos del lado del pueblo, que es quien defiende la patria; "en los trances más duros —nos dice—, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera"<sup>46</sup>.

<sup>41</sup> Cl., 157.

<sup>42</sup> M., I, 62-3.

<sup>43</sup> M., II, 18.

<sup>44</sup> M., II, 125.

<sup>45</sup> Ibid., 46.

<sup>46</sup> Ibid., 74-75.

Y este pueblo español, ¿no se identifica acaso con los alumnos de las clases de Mairena y Martín, como lo revela el intento de fundar una Escuela Popular de Sabiduría? Por lo menos, parece evidente que ese mundo novelesco, forjado a base de poetas, profesores y discípulos, manifiesta en Antonio Machado una honda preocupación por el ideal pedagógico. No cabe duda que nuestro poeta, y ahora quizá podamos llamarle también "novelista", como hombre de su tiempo, compartía las inquietudes de su generación, que obedecían a una tendencia, concretada en lemas como "política de educación" "educar al pueblo", "despensa y escuela", de indudable origen institucionista. No olvidemos que Machado había sido alumno de la Institución Libre de Enseñanza y su influencia se había mantenido como uno de los resortes más poderosos a lo largo de su vida.

JOSÉ LUIS ABELLÁN

*Lector de español en la Universidad  
de Belfast*